

## *La fuerza de la historia oral*

Agustín Vaca  
*El Colegio de Jalisco*

Quizá una de las funciones más importantes que toca a las ciencias históricas cumplir, sea la de enfrentar a la humanidad con sus hechos. El que los participantes en ellos, como individuos, resulten execrables o dignos de admiración para sus contemporáneos y para las generaciones posteriores, es juicio que no corresponde al historiador formular.

Lo que sí constituye la labor propiamente historiográfica es analizar y relacionar acontecimientos con el fin de intentar explicarlos y darles todo su significado y sentido en el conjunto general de la historia. Para lograr esto, el historiador debe llevar a cabo una minuciosa investigación que le permita adquirir un profundo conocimiento de las circunstancias que posibilitaron el desarrollo y consumación de los sucesos, sin perder de vista sus vínculos con el presente.

El uso hace costumbre y con frecuencia ésta se convierte en ley incuestionable. Así, a partir de las pos-trimerías del siglo XVIII, y ya con carácter normativo bajo el influjo del positivismo decimonónico, el historiador se vio constreñido a fundamentar sus argumentaciones en los documentos que estuvieran a su alcance, debido, por una parte, a la veneración fabricada en torno de ellos por su antigüedad, y por la otra, al enaltecimiento de que ya era objeto la letra escrita, sobre todo la impresa.

Quien más, quien menos, pero la tendencia común era -como aún lo es- considerar incontrovertible la veracidad de la información adquirida mediante la lectu-

ra, en tanto que aquella que se obtenía de viva voz era vista con escepticismo y suspicacia, y se le concedía un escaso -cuando no nulo- valor como fuente para el conocimiento de la historia.

Esta desconfianza positivista se extendió hasta el campo de la producción literaria, cosa que dejó a las narraciones autobiográficas en una situación de descrédito que duraría hasta bien entrado el siglo XX. Si por un lado, pues, a la literatura no se le reconocía ningún valor para el conocimiento científico del pasado humano, las narraciones autobiográficas -completas o episódicas-, casi siempre eran excluidas de uno de estos dos campos -el artístico o el cognoscitivo- cuando no de los dos.

Ni siquiera hace falta decir que aquí me refiero a las que aseguraban su pervivencia por medio de la letra escrita y a las que alcanzaban el lustre que da la imprenta. Las que se transmitían oralmente no pasaban de la categoría de cuentos más o menos entretenidos y hasta interesantes que en muy pocas ocasiones trasponían los límites del círculo familiar o el de las relaciones amistosas.

La rigidez de esta separación entre escritura y oralidad, por una parte, y entre escritura artística e histórica, por la otra, también disociaba tajantemente razón y emotividad, como si éstas no fueran capacidades humanas interdependientes e interactuantes en la formación y adquisición del conocimiento.<sup>1</sup>

De tal suerte, la exigencia positivista de procurar la objetividad a toda costa, orilló a los historiadores a despreciar las experiencias individuales y a considerar a los testimonios orales indignos de crédito, debido al punto de vista personal desde el que se emiten; es decir, a la subjetividad inherente a ellos. En consecuencia, hasta hace poco tiempo, las aportaciones que podían hacer los participantes y testigos del acontecer histórico a un conocimiento más profundo de éste, eran desaprovechadas de manera lastimosa.

En resumen, en lo que atañe a las ciencias históricas, sólo lo transmitido por la lengua escrita tenía vali-

1. Cfr. Norbert Elias, *Compromiso y distanciamiento*, Ensayos de sociología del conocimiento, Trad. José Antonio Alemany, Barcelona: Ediciones Península, 1990, pp. 91 y ss.

dez, y todavía había que excluir de aquí a los textos cuyos propósitos fueran predominantemente artísticos.

Hacia el tercer decenio de este siglo empezó a tambalearse la certeza positivista de que la Historia era una disciplina que podía presumir de tener un carácter científico, en el sentido en que este término se aplica a las ciencias naturales. Los historiadores mismos, al contacto con otras disciplinas sociales, cobraron conciencia de la relatividad del conocimiento inherente a sus investigaciones, relatividad que estaba determinada por el carácter necesariamente incompleto de las fuentes de información disponibles y la naturaleza ficticia de las reconstrucciones históricas, estas últimas casi siempre ligadas a la posición ideológica del historiador ante los acontecimientos del pasado.

Con el surgimiento de la historia social, el sujeto histórico sufrió un saludable desplazamiento. De los grandes hombres, la atención de los historiadores pasó a fijarse en la intervención de las masas, de los grupos sociales subalternos, para determinar el rumbo de la historia. Marginados o por lo menos soslayados hasta entonces por la historia positivista, encontrar las huellas de estos nuevos sujetos exigió el recurso a métodos de investigación y fuentes de información distintos de los tradicionales, cosa que propició la reincorporación del testimonio oral al conjunto de fuentes informativas.

Ya en los años veinte, Jean Norton Cru se había propuesto

formar un abanico sobre la guerra con los testimonios de los combatientes, darles la fuerza que sólo pueden tener mediante el agrupamiento de las voces del frente, las únicas autorizadas a hablar de la guerra, no como un arte, sino como fenómeno humano.<sup>2</sup>

Según Norton Cru, los documentos escritos acerca de la guerra en su totalidad estaban deformados. De ahí que para él, los documentos oficiales sólo

permiten concebir el conjunto, tratar lo general... Pero tratar lo general sin consultar a aquéllos que han actuado, sufrido, vivido al detalle los hechos particulares, es crear un general por completo disociado de toda realidad.<sup>3</sup>

2. Jean Norton Cru, *Du témoignage*, 4a. ed. París: Gallimard, 1930, p. 26.

3. *Ibid.*, p. 34.

Así, reprocha a la historia militar el haberse ocupado de las grandes batallas, de las estrategias, de las armas, etc., y asegura que si la gran Historia se ocupa de la realidad y no de la imaginación, entonces debe también dar cuenta de

las penas, angustias, cóleras, odios, deseos, juicios, de la filosofía de la guerra del soldado; del papel psicológico y material que jugaron en la batalla la máquina humana y los instrumentos de guerra, pero no de acuerdo con los jefes, sino según aquél que fue dicha máquina y que manejó tales instrumentos [bajo] el peligro, el miedo, el horror de la muerte, únicos elementos que cuentan en la guerra.<sup>4</sup>

4. *Ibid.*, p. 39.

Todo esto, según Norton Cru, eran cosas “desconocidas, o más bien, mal conocidas y despreciadas, lo cual es peor”.

Si bien Norton Cru se refería específicamente a la historia militar, muchos de los fundamentos que expone para recurrir a los testimonios orales con el fin de dar una imagen más completa de la Primera Guerra Mundial, con toda legitimidad pueden aplicarse a otros fenómenos sociales.

Lo primero que salta a la vista es el desapego y hasta desconfianza hacia los documentos escritos como única fuente de conocimiento histórico, debido a la parcialidad con que registran los acontecimientos. Pero además, Norton Cru confiere al aspecto emotivo de los sujetos históricos una importancia inusitada para una época en la que todavía predominaba, en la historiografía, el precepto de sólo consignar lo comprobable mediante documentos escritos.

Con lo anterior, Norton Cru contribuye, desde el extremo del testimonio oral, a la construcción del puente que, también por los años veinte, contribuía a edificar E. M. Forster desde la novela para unir ambas formas del conocimiento acerca de la sociedad. Según Forster,

el historiador trata con acciones y con el carácter de los hombres sólo en la medida en que puede deducirlo de sus acciones. El carácter de las personas le incumbe tanto como al

5. F. M. Forster, *Aspectos de la novela*. Trad. de Francisco González Aramburo. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1961 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 7), p. 65.

novelista, pero sólo puede conocer su existencia cuando salen a la superficie.<sup>5</sup>

Puesto que a la historiografía sólo le estaba permitido reconstruir los acontecimientos a partir de escritos oficiales, el carácter íntimo de los sujetos históricos permanecía sepultado bajo los hechos generales. Sacarlo a la superficie sólo ha podido lograrse mediante las narraciones orales autobiográficas recogidas entre los mismos sujetos históricos.

A la admisión plena del testimonio oral entre las fuentes de información histórica siguen oponiéndose con cierta tenacidad, pero cada vez con menos fuerza, la división entre lengua hablada y lengua escrita, por una parte, y por la otra, la dicotomía entre razón y sentimiento.

Para restar validez al testimonio oral, se arguye que la lengua hablada es improvisada, caótica, llena de frases incompletas, plagada de inexactitudes y de particularidades que le imprimen el origen y la educación del hablante, a lo que se añade la alta carga emotiva que la acompaña, es decir, su gran dosis de subjetividad y hasta de irracionalidad. Tales características menguan el poder de la lengua hablada como vehículo del conocimiento hasta casi anularlo.

Por eso se ha entronizado a la lengua escrita como transmisora exclusiva del conocimiento, sobre todo del científico. La consecuencia de esto ha sido que los problemas que atañen al conocimiento se discutan como

un problema puramente intelectual... como si [el conocimiento] existiera en un vacío humano, es decir, ajeno al hombre, a sus circunstancias y a su personalidad. Y sin embargo... no es sólo la "razón", sino la persona en su conjunto, lo que está inmerso en la búsqueda de conocimiento. El significado emocional del conocimiento desempeña un papel no menos importante que el de su valor cognitivo en la adquisición y desarrollo del conocimiento.<sup>6</sup>

De tal suerte

el método de adquisición de conocimientos que utilizan las personas es funcionalmente interdependiente y, por ende, in-

6. Elias, *op. cit.*, p. 92.

separable del caudal de conocimientos que poseen y, en especial, de su subyacente concepción del mundo.<sup>7</sup>

Esta concepción del mundo se elabora con base en las relaciones que el individuo establece con el exterior, es decir, con base en el conjunto de sus experiencias personales, y aun cuando éstas no sean transferibles a otro individuo, en la comunicación de ellas

algo es transferido de una esfera de vida a otra. Este algo no es la experiencia tal como es experimentada, sino su significado. Aquí está el milagro. La experiencia tal como es experimentada, vivida, sigue siendo privada, pero su significación, su sentido, se hace público.<sup>8</sup>

Aquí hay que tomar en cuenta que toda vida individual rompe las barreras entre el trabajo y el hogar, entre la vida pública y la privada, con lo cual se atenúa hasta casi desaparecer la línea que separa ambas esferas de la actividad humana.

De tal suerte, la recolección de narraciones autobiográficas, puede constituirse en un método nuclear dentro de las aproximaciones cualitativas en las ciencias sociales y humanas. Permite a los investigadores situarse en un punto crucial entre el testimonio subjetivo de un individuo a la luz de su trayectoria vital, de sus experiencias, de su visión particular, y la plasmación de una vida que es el reflejo de una época, de unas normas sociales y de unos valores esencialmente compartidos con la comunidad de la que el sujeto forma parte. En pocas palabras, permite al investigador ubicarse en la encrucijada que forman la biografía y la historia, el individuo y la sociedad.

Por medio de la narración, el individuo da concreción a sus experiencias, a sus sentimientos y pensamientos en tanto que sujeto histórico, los incorpora al discurso social y los convierte en datos que permiten al investigador profundizar en la comprensión y explicación de las acciones humanas.

A partir de lo anterior, los atributos negativos que se aducen para fundamentar el rechazo del relato auto-

7. *Ibid.*, p. 88.

8. Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. Trad. Graciela Monges Nicolau. México: UEA-Siglo XXI, 1995, p. 30.

biográfico oral como fuente de información histórica quedan desmentidos. El hecho de que en la lengua hablada se encuentre el origen y la educación del hablante, y que dé cuenta de sus relaciones sociales, su cultura, su concepción del mundo en última instancia, nos lleva a distinguir entre los hechos concretos y el significado social que éstos tuvieron. Lejos, pues, de carecer de importancia para el conocimiento de la historia, los testimonios orales resultan ser insustituibles para dar a los acontecimientos la dimensión humana que se había soslayado hasta perderla casi por completo de vista.

Desde este punto de vista, el relato autobiográfico oral constituye una estructura narrativa cargada de significado social, que tiene una importancia equivalente a la de los documentos de archivo para el conocimiento histórico.

La utilización de los testimonios orales en ese sentido, ha recibido, desde el decenio de los cuarenta, el nombre de historia oral.<sup>9</sup> Si bien esta denominación levanta todavía hoy polémicas en torno de su pertinencia, se ha convenido en llamar así a un método auxiliar del quehacer historiográfico, cuya materia prima está integrada por los recuerdos, grabados en cintas magnetofónicas, de las experiencias personales de seres humanos comunes que nos ayudan a reconstruir lo más fielmente posible el pasado vivo en ellos. Por regla general, obtenemos así una visión fresca y genuina de determinados episodios históricos, distinta de la versión oficial, que aclara zonas oscuras de los acontecimientos, desmitifica personajes y enriquece tanto la comprensión como el análisis del historiador, al mismo tiempo que conduce a los actores sociales a cobrar una conciencia más precisa de su intervención en la historia, contribuyendo así a la formación o fortalecimiento de la identidad grupal o nacional.

Si bien la comunidad académica en los Estados Unidos y en Europa se convenció, desde finales de los cuarenta, de los frutos que puede proporcionar la recolección de narraciones autobiográficas como fuente de

9. El recurso a las narraciones autobiográficas como fuente de información en las ciencias sociales y humanas ha recibido también el nombre de método autobiográfico. Cfr. Jean Penell, *La méthode biographique*. De l'école de Chicago à l'histoire orale. Paris: Armand Colin, 1990. Juan José Pujadas Muñoz, *El método autobiográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: CIS, 1992.

información, práctica que se ha generalizado y que cuenta con notables contribuciones al conocimiento de la conducta del hombre en sociedad,<sup>10</sup> en México las cosas no han sucedido de la misma manera. Aquí hubo que esperar una década para que empezara a utilizarse.

Hacia 1959, el profesor Wigberto Jiménez Moreno dio principio a una serie de entrevistas con personajes destacados durante el movimiento revolucionario iniciado en 1910, material que formó el Archivo Sonoro de la Revolución Mexicana, dependiente del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Sin embargo, no fue sino hasta 1971 cuando este tipo de actividades se formalizó en el Programa de Historia Oral, adscrito al departamento de Etnología y Antropología Social del mismo INAH, encabezado por Eugenia Meyer y Alicia Olivera. Seis años más tarde, la recolección de narraciones autobiográficas empezaría a tener una de sus épocas más fructíferas, cuando se creó el Archivo de la Palabra, mismo que hacia 1981 se convirtió en el Departamento de Estudios Contemporáneos del INAH, bajo la dirección de Eugenia Meyer en sus dos etapas.

Hasta aquí, la situación de esta importante herramienta para la investigación histórica del pasado reciente en México, comparada con la que tenía en otros países, parecería más que aceptable. Salvo el caso de los Estados Unidos, donde la primera organización dedicada a fortalecer y propagar los alcances y frutos de esta fuente de información, la Oral History Association, se fundó desde 1948, hubo que esperar 25 años para que surgieran asociaciones similares en otras partes del mundo, como la británica Oral History Society (1973), o la Canadian Oral History Association (1974).

Sin embargo, en México sólo hasta 1996 se logró constituir, impulsada por Gerardo Necochea, Graciela de Garay y otros, la Asociación Mexicana de Historia Oral con la finalidad de fomentar la creación de grupos de trabajo y discusión en torno de los problemas, tanto metodológicos como prácticos, que se plantean a los historiadores orales y promover la difusión

10. Al respecto, pueden consultarse los libros de Paul Thompson. *The voice of the past. Oral History*. 2a. ed. Londres: Oxford University Press, 1988, y Jorge E. Aceves Lozano. *Historia oral e historias de la vida. Teoría, métodos, y técnicas. Una bibliografía comentada*. 2a. ed. México: CIESAS, 1996.

de sus obras. Así, aunque el franco despegue de la historia oral en México haya coincidido con el que tuvo en otros países, el ritmo que mantuvo esa actividad aquí es desigual al que conservó en otras partes.

Entre 1959 y 1983 el lugar desde el que mayor impulso recibió la práctica de la historia oral fue el INAH. Ahí se logró recolectar una cantidad impresionante de narraciones autobiográficas que cubren prácticamente todos los campos contemporáneos de interés para las ciencias sociales y humanas: la Revolución Mexicana, incluidas las facciones en que se descompuso, como villista, zapatista, maderista, constitucionalista, entre otras; guerra cristera, sinarquismo, sindicalismo, educación, política, cine, medicina, exilio republicano español, historia de las mujeres, etcétera.

Aun cuando esta amplitud de asuntos sea indicio de la importancia que adquirió en la ciudad de México la recolección de autobiografías orales que integraran un acervo informativo acerca del pasado reciente, desafortunadamente esto no sucedió en el resto de la República.

Por lo que atañe a Jalisco, la historia oral también tuvo un principio relativamente temprano, aun cuando éste se haya efectuado de manera informal; es decir, fuera de instituciones gubernamentales o universitarias y, lo que es más, sin que mediara conocimiento alguno de la importancia que iba cobrando el recurso a las entrevistas como medio de conservar la memoria del pasado reciente.

A principios de los cincuenta, con la publicación de la revista *David*, empezó a levantarse el silencio impuesto por la jerarquía eclesiástica en torno de la rebelión católica en contra del régimen gubernamental, rebelión que mantuvo a casi todo el país en guerra entre 1926 y 1929. Sin embargo, algunos rasgos de esas primeras manifestaciones públicas de los ex combatientes antigubernamentales, satisficieron poco al presbítero Nicolás Valdés Huerta, quien decidió recurrir a los sobrevivientes para obtener de ellos los testimo-

nios necesarios para corregir los equívocos que iba encontrando en sus lecturas sobre ese asunto.

Si en un primer momento las preocupaciones del padre Valdés eran verificar lugares y fechas de nacimiento, batallas en que habían participado, circunstancias en que acaeció la muerte de los levantados y, sobre todo, desmentir la de aquellos cuyo fallecimiento era consignado en alguna publicación pero que al mismo padre le constaba que el difunto seguía con vida, no pasó mucho tiempo sin que el sacerdote se percatara de que las grabaciones costaban mucho esfuerzo y dinero como para limitarlas a cuestiones tan puntuales y, en último caso, de mucho menor importancia que la visión que sus entrevistados tenían de las causas y desarrollo del levantamiento.

De tal suerte, los primeros testimonios orales que recolectó en 1959 presentan notables diferencias respecto de los últimos que grabó en 1972, en lo que se refiere a la formulación de las preguntas, amplitud en las respuestas y temas que abordan. El resultado de este prurito de veracidad histórica fue una valiosa colección de más de una centena de entrevistas cuya duración va desde unos cuantos minutos hasta más de una hora. Aun cuando la solitaria labor del padre Valdés haya rendido algunos frutos,<sup>11</sup> no ha sido ni reconocida ni aprovechada como se merece.

Todo parece indicar que el callado trabajo pionero del padre Nicolás Valdés en Jalisco no tuvo seguidores, y hubo que esperar hasta 1977 para que las actividades en favor de la historia oral empezaran a establecerse de manera formal en Guadalajara. Por esos años, José María Muriá, responsable de la sección de Historia del ahora Centro INAH Jalisco,<sup>12</sup> se empeñó en que la investigación histórica en torno de la época contemporánea de este estado, que se llevaba a cabo en el Archivo de la Palabra en la ciudad de México, tuviera su sede aquí mismo, y con el respaldo de Eugenia Meyer y el reclutamiento de dos investigadores,<sup>13</sup> en enero de 1978 se echó a andar oficialmente el programa de historia oral.

11. Cfr. Pbro. Nicolás Valdés Huerta. *México, sangre por Cristo Rey*. Lagos de Moreno: Impresora Béjar. 1964 y Jean Meyer. *La cristiada*. 3 vols. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1973.

12. El nombre de la institución era Centro Regional de Occidente del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

13. Julia Tuñón y Agustín Vaca. A finales de 1979, María Gracia Castillo se incorporó a este pequeño equipo.

Cabe mencionar el desconocimiento que había de la historia oral en las instituciones universitarias tapáticas y que la sola mención a ella en esos círculos provocaba por lo menos una mirada cargada de escepticismo, cuando no expresiones de franca burla, como la de asegurar que la historia anal era más divertida que la oral. Hasta donde he podido averiguar, sólo Jesús Gómez Fregoso, adepto él mismo a la recolección de narraciones autobiográficas, alentaba y guiaba a sus estudiantes en sus incursiones por este medio de recolectar información histórica de primera mano.

Las primeras tareas que tuvo ante sí el flamante Archivo de la Palabra del Centro INAH Jalisco, fueron las de realizar tantas entrevistas como fuera posible y procesar la información contenida en ellas, con el fin de enriquecer y complementar, hasta donde fuera pertinente, la documental que serviría de base para integrar el último de los cuatro volúmenes de la *Historia de Jalisco*.<sup>14</sup>

Entre 1978 y 1982 el reducido equipo de investigadores del Archivo de la Palabra local logró recolectar más de 200 testimonios orales relacionados con los más variados aspectos de la historia regional, tales como política, revolución, cristiada, sinarquismo, educación, cine, medicina, movimiento obrero, vida cotidiana, etc., acervo que se benefició con la generosidad del padre Nicolás Valdés, quien accedió a donar la reproducción de sus entrevistas, salvo la de aquellas que contenían pasajes de la vida íntima de los entrevistados y que él consideró más bien secreto de confesión.

Si bien el carácter general de la *Historia de Jalisco* no permitió un aprovechamiento óptimo de los relatos autobiográficos, es decir, la profundización en particularidades tales como el significado que tuvieron los acontecimientos para los participantes en ellos, es innegable que fue la primera obra, publicada aquí, que se hizo con el auxilio de la historia oral y que, en cierta medida, dichos relatos contribuyeron a lograr la ruptura, perseguida tanto por el director como por los cola-

14. José María Muriá (dir.), *Historia de Jalisco*, T. 4, Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 1982.

boradores de esa obra, con el enfoque centralista que hasta entonces prevalecía en las historias regionales.

Sin embargo, la carrera de la historia oral se estancó por algunos años. El agravamiento de la crisis económica en 1983 obligó a una reducción drástica en el presupuesto, con lo cual las actividades primordiales del Archivo de la Palabra en Guadalajara -realizar entrevistas, transcribirlas y ponerlas al servicio de los investigadores- tuvieron que limitarse a la sola conservación de las grabaciones ya recolectadas. Esta situación prevaleció hasta principios del último decenio del siglo XX, cuando de nueva cuenta se asignó una partida que se dedicaría a sufragar los gastos que requería la reorganización del archivo oral, y hasta más recientemente se contó con presupuesto para reanudar las tareas de recolección de testimonios orales.

Ahora bien, si durante las décadas de los setenta y ochenta el Centro INAH Jalisco fue la única institución tapatía que contaba con un buen acervo de narraciones autobiográficas, este monopolio involuntario terminó a principios del decenio siguiente.

En 1991, al hacerse cargo de la Presidencia de El Colegio de Jalisco, José María Muriá se preocupó por que esta institución contara con gente interesada en la práctica de la historia oral, y pocos meses después, a principios de 1992, se logró reunir un pequeño grupo de investigadores quienes, provistos del equipamiento necesario, fundamentarían una parte importante de sus trabajos en la información obtenida por medio de la recolección de narraciones autobiográficas.

Con esto no se quiere decir que el echar mano de testimonios orales como fuentes de información sea sólo del interés de algunos historiadores del Centro INAH Jalisco y de los investigadores de El Colegio de Jalisco, ni tampoco que la historia sea la única disciplina que los ha utilizado con ese fin. De hecho, el recurso a la entrevista ha sido una técnica que se ha empleado, en mayor o menor medida y con más o menos aceptación, desde los primeros trabajos historiográficos y en

épocas más recientes en la antropología y en la sociología.

Lo que sucede es que, hasta ahora, estas dos instituciones han sido las que han mostrado su preocupación por recolectar narraciones autobiográficas de manera sistemática, conservarlas y ponerlas al servicio de la comunidad de científicos sociales y de la sociedad en general, ya sea mediante la creación de archivos que contienen la transcripción mecanográfica de las entrevistas o la publicación de libros cuya hechura no hubiera sido posible sin el recurso a los testimonios recolectados.

Evidentemente, no todos los dedicados a las ciencias sociales o humanas que recurren a las entrevistas como fuente de información dan a éstas en sus obras el mismo tratamiento ni tampoco les confieren la misma importancia. De ahí que resulte conveniente mencionar algunas de las formas más frecuentes en que se presentan ante el público.

Aunque resulte obvio, es necesario decir que la integración de archivos que resguarden los testimonios recolectados es una tarea básica de toda institución que esté interesada en la conservación de la memoria del pasado inmediato. Pero que sea básica no significa que sea una labor sin importancia ni que esta manera de dar a conocer los frutos de la historia oral sea la menos productiva. A nadie escapará que si bien este no es el objetivo final que persiguen los investigadores al realizar entrevistas, el poner al servicio de los demás un acervo de esta naturaleza bien organizado<sup>15</sup> abre un buen número de posibilidades de colmar algunos de los huecos que deja la sola investigación documental.

En lo que se refiere a otras formas de difundir los productos de la historia oral, quizá la edición<sup>16</sup> y publicación de una sola entrevista sea la más frecuente en nuestro medio. Por sencillo que parezca, este trabajo requiere de una gran modestia por parte del entrevistador, pues en este caso es el sujeto de la historia quien da su visión de los acontecimientos.<sup>17</sup> Un trabajo similar al anterior, pero más laborioso, es el editar una serie de

15. Por ahora, sólo el Centro INAH Jalisco y El Colegio de Jalisco cuentan con ese servicio de consulta para los investigadores en ciencias sociales. Para ello deben cumplir con una serie de requisitos formales impuestos por la naturaleza misma del archivo en cuestión.

16. Aunque la transcripción mecanográfica de las entrevistas se haga respetando al máximo las palabras del entrevistado, para su publicación es necesario suprimir repeticiones, muletillas y expresiones similares para dar a la narración la fluidez necesaria.

17. Buenos ejemplos de ediciones de entrevistas son: *Rafaela González Chávez platica con...* Ana María de la O Castellanos. Zapopan: El Colegio de Jalisco (Testimonio zapopano), 1994; Alma Dorantes, María Gracia Castillo y Julia Tuñón. *Irene Robledo García*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, INAH, 1995, y *Alberto Varón Modiano platica con...* Cristina Gutiérrez Zúñiga y Gloria González Tejeda. Zapopan: El Colegio de Jalisco (Testimonio judío), 1997.

entrevistas con diferentes protagonistas y testigos de uno o varios acontecimientos que están íntimamente relacionados entre sí, y dejar que la narración de aquellos formen la trama de la historia desde distintos puntos de vista.<sup>18</sup> En ambos casos, es indispensable un buen estudio introductorio, por parte del investigador que haga la edición y selección de las entrevistas.

Otra manera de aprovechar los testimonios orales es incluirlos en el estudio de un fenómeno social determinado, con el objeto de dar concreción a las hipótesis y conceptos teóricos del investigador. Por lo general, aquí se trata de entrevistas cortas, limitadas sólo al punto de vista que tiene el entrevistado acerca del tema que se le plantea. Esto exige un mayor esfuerzo analítico e interpretativo de los testimonios recolectados por el científico social.<sup>19</sup>

La novela testimonio es otro modo de dar a conocer las narraciones autobiográficas, cuya principal dificultad estriba en recrear un acontecimiento histórico en la forma de una novela, sin traicionar el punto de vista de los que proporcionan sus recuerdos como materia prima. El hecho de que en Jalisco no haya muchos escritores que incursionen en este género, hace todavía más valiosas las contribuciones de Luis Sandoval Godoy.<sup>20</sup>

Si bien hay otras formas de difundir el conocimiento que proporcionan los testimonios orales acerca de la sociedad y la historia -como la construcción de una historia de vida o la de una biografía colectiva-, por último me referiré al complejo proceso de escribir la historia a partir de fuentes orales consideradas en sí mismas. Esto requiere el mismo cuidado que exige la historiografía documental: crítica de las fuentes, interpretación de las mismas y un verdadero trabajo interdisciplinario, que incluye al análisis del discurso, sociología, antropología y crítica literaria entre otras.<sup>21</sup>

Como puede verse, el desarrollo de la historia oral en Jalisco no ha sido fácil, ni siquiera continuo. Sin embargo, existen indicios que permiten prever un mejor futuro para este formidable auxiliar de las ciencias sociales y humanas en general.

18. Por ejemplo: Luis de la Torre y Manuel Caldera. *Pueblos del viento norte*. Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco, 1994.

19. Al respecto, pueden verse con bastante provecho: Renée de la Torre. *Los hijos de la luz*. Discurso, identidad y poder en la Luz del Mundo. Guadalajara: U de G, ITESO, CIESAS, 1995; Cristina Gutiérrez Zúñiga. *Nuevos movimientos religiosos*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1996, y Rossana Reguillo Cruz. *La construcción simbólica de la ciudad*. Sociedad, desastre y comunicación. Guadalajara: ITESO, UI, 1996.

20. Véase, por ejemplo, *La sangre llegó hasta el río*. Guadalajara: Edigonvill, 1990.

21. Buenos intentos de lograr esto son: Julia Tuñón. *Historia de un sueño*. El Hollywood tapatío. Guadalajara: U de G, UNAM, 1986. Cristina Gutiérrez Zúñiga. *La colonia israelita en Guadalajara*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1995, y Agustín Vaca. *Los silencios de la historia: las cristeras*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1998.

Hasta hace un lustro, en Guadalajara no había ninguna institución de educación superior que, entre sus cursos, ofreciera uno dedicado a los pormenores de la historia oral, y para adquirir cierto entrenamiento en ese campo era necesario trasladarse a la ciudad de México donde el Instituto José María Luis Mora ofrece un seminario-taller anual de historia oral. En 1995 esto empezó a cambiar. El Departamento de Historia de la Universidad de Guadalajara aprobó la apertura de un taller de historia oral, a cargo de Ana María de la O Castellanos, al cual, además de los estudiantes de historia, acuden los de letras, filosofía y sociología. Por su parte, Jorge Aceves incluye los principios de ese auxiliar de la historia en su cátedra de métodos de análisis cualitativo en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

Esto y la reciente proliferación de trabajos cuyos autores recurren a las entrevistas para procurarse información de primera mano, han contribuido a contrarrestar algunos malentendidos que se habían diseminado, sobre todo entre los estudiantes de licenciatura, de los que vale la pena destacar dos: el que se refiere a que para allegarse información testimonial sólo es necesario proveerse de una grabadora, establecer contacto con algunos de los participantes en algún fenómeno social y dejarlos hablar, para luego sólo aprovechar lo que resulte de interés para el que manejó la máquina y desechar el resto. El otro es la confusión entre relato o narración de vida e historia de vida.

Por lo que toca al primero, creo que lo asentado anteriormente deja muy claro lo laborioso que resulta preparar testimonios para publicarlos; es decir, las dificultades que hay que superar para dar a los testimonios una forma eficaz en la producción y transmisión de conocimientos. Así, pues, no insistiré en este asunto. En lo que se refiere al segundo, Juan José Pujadas Muñoz ya ha formulado una clara distinción entre la narración de vida y la historia de vida en los siguientes términos:

la *life story* [narración de vida] corresponde a la historia de una vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta, mientras que el término *life history* [historia de vida] se refiere al estudio de caso referido a una persona dada, comprendiendo no sólo su *life story*, sino cualquier otro tipo de información o documentación adicional que permita la reconstrucción de dicha biografía de la forma más exhaustiva y objetiva posible.<sup>22</sup>

A los avances anteriores hay que agregar el creciente interés que han mostrado los estudiantes de las licenciaturas en cualquiera de las ciencias sociales por la recolección de narraciones autobiográficas como principal fuente de información, interés que ha encontrado eco en algunas instituciones, como el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes que, en coordinación con los organismos estatales correspondientes, ofrece apoyo económico a los que se inician en el campo de la investigación.<sup>23</sup>

Entre los temas que actualmente trabajan las generaciones recién egresadas de las universidades, se pueden citar los de cultura de los trabajadores, fiestas y danzas tradicionales, memoria histórica y vida cotidiana, cultura de los jóvenes, juegos y juguetes tradicionales y cultura popular urbana.

Pese a que todavía hace falta mucho por hacer para desbaratar las falsas esperanzas de aquellos que aún creen en la facilidad que ofrece la recolección de narraciones de vida para llevar a cabo holgadamente una investigación, y que para estar a la moda se debe, casi por fuerza, recurrir a entrevistas para fundamentar sus argumentos y conclusiones, todo indica que la memoria del pasado reciente está cada día menos en peligro de perderse irremisiblemente.

22. *Op. cit.*, p. 13.

23. Por ejemplo, en 1997 Patricia Núñez Gómez ganó el premio anual que otorga la Cámara de Comercio de Guadalajara a la mejor tesis de licenciatura con *El carnaval y la historia social de Autlán*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.